

EL RETO DE NACER

Comienza un día cualquiera en Roma, a finales del siglo I d. C., la época del máximo esplendor del Imperio. El pálido sol otoñal ilumina las calles de la ciudad más grande de la Antigüedad, aún desiertas a estas horas de la mañana. Los ciudadanos adinerados duermen en sus cómodos lechos al amparo de los gruesos muros de lujosas mansiones en el Palatino, el Esquilino y otros barrios privilegiados de Roma; pero la gente menos afortunada, con los ojos abotagados por el sueño y temblando bajo la fría brisa matutina, ya comienza su jornada laboral. Los tenderos empiezan a colocar la mercancía sobre los mostradores y a retirar los barrotes de madera que protegen sus negocios durante la noche contra numerosos ladrones y criminales que pululan por las calles en plena oscuridad; de los talleres comienza a sonar el rítmico golpeteo de los telares y el tañido de los martillos contra el cobre, y los panaderos encienden sus hornos. Los esclavos, reconocibles por los collares que llevan alrededor del cuello, donde figura el nombre y la dirección del dueño, recorren las calles enviados por sus amos a comprar provisiones frescas o a realizar cualquier otro recado.

En medio de todos estos transeúntes apresurados, nadie presta atención a una muchacha de unos quince años, morena y delgada, vestida con una vieja túnica que apenas la protege contra las gélidas ráfagas del viento. La joven recorre las calles con un gran cesto de mimbre cubierto por un manto de lana; a lo mejor, acaba de hacer compras en el mercado y ahora se apresura a regresar a casa. Sin embargo, apenas llega al mercado de hortalizas, se acerca al pie de una solitaria columna de mármol y pone el cesto junto a su pedestal. Luego, se aleja apresurada, como si estuviera perseguida por el mismo Cerbero o alguna otra divinidad maligna.

¿Qué contiene aquel cesto abandonado? De pronto, un bracito diminuto se asoma entre las mantas y suena el lastimoso llanto de bebé, pero los transeúntes no le prestan demasiada atención. Un recién nacido abandonado bajo la Columna Lactaria es un hecho habitual ya que muchas madres dejan allí a sus hijos no deseados. La muchacha, a juzgar por su pobre atuendo, seguramente no tiene con qué mantener al pequeño o simplemente no está casada y pretende ocultar el fruto de sus amores ilícitos a sus padres u otros familiares. Tal vez simplemente ha sido violada en algún sórdido callejón, una tragedia habitual en los barrios populares de Roma, o, a lo mejor, es una esclava y el niño ni siquiera es suyo, sino de sus amos.

Por muy terrible que parezca, en Roma los padres no tienen obligación jurídica ni moral de criar a todos sus hijos, así que abandonar a los recién nacidos se considera algo habitual y legal ya que el *paterfamilias*, la cabeza del hogar, tiene un poder absoluto sobre todos los que viven bajo su techo, incluidos sus propios hijos. Cada recién nacido debe ser colocado bajo los pies del padre y, si éste lo levanta y lo toma en sus brazos, se considera oficialmente aceptado por la familia, pero, si el padre se niega a hacerlo o simplemente se marcha de la habitación sin darle ninguna explicación a la madre ni a otros familiares, el pequeño será abandonado.

Por lo general, son abandonadas las niñas, pues no se consideran tan importantes para una familia como un hijo varón, el futuro heredero de los bienes y de la gloria de su linaje. Sin embargo, los bebés

varones también pueden terminar bajo la Columna Lactaria en caso de que sean débiles, deformes, hayan nacido en un día nefasto del calendario romano o simplemente, por alguna razón, desagradan a su padre. Las lágrimas, las súplicas o las protestas de la madre no le importan en absoluto; una vez fuera de casa, el niño simplemente deja de existir para su familia.

...El pequeño llora, pues el cesto y los mantos apenas lo protegen del frío y, además, debe de tener hambre. Finalmente, una lujosa litera transportada por ocho robustos esclavos cruza una calle adyacente al mercado y se detiene junto a la columna. Uno de los cargadores aparta los cortinajes y ayuda a bajar a un hombre alto, de porte majestuoso y cabello entrecano, vestido con una elegante toga. Atraído por el llanto, el señor se inclina sobre el cesto, lo destapa y, al ver en su interior a un bebé varón, robusto y sonrosado, sonrío con satisfacción. Acto seguido, ordena a uno de los esclavos que suba el cesto a la litera y la procesión sigue su camino.

¿Qué destino aguarda a aquel pequeño? Al menos, ya no morirá de hambre, de frío ni devorado por los perros callejeros como tantos otros niños menos afortunados. También guardemos la esperanza de que el señor que lo recogió sea un hombre honesto y de buen corazón, pero también puede ser traficante de esclavos, dueño de un *ludus*, escuela de gladiadores, o propietario de una gran villa en las afueras de Roma, donde nunca sobra un esclavo más. Sea cual sea su futuro, con toda seguridad jamás conocerá a sus verdaderos padres ni su origen, pues un niño en la Antigua Roma ni siquiera tenía derecho a nacer, así que cualquier adulto podía decidir sobre su destino a su propio antojo.